

Viernes, 6 de enero de 2017
“La Epifanía del Señor”

Is 60, 1-6

¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahveh sobre ti ha amanecido! Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra, y espesa nube a los pueblos, más sobre ti amanece Yahveh y su gloria sobre ti aparece.

Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu alborada.

Alza los ojos en torno y mira: todos se reúnen y vienen a ti. Tus hijos vienen de lejos, y tus hijas son llevadas en brazos. Tú entonces al verlo te pondrás radiante, se estremecerá y se ensanchará tu corazón, porque vendrán a ti los tesoros del mar, las riquezas de las naciones vendrán a ti.

Un sin fin de camellos te cubrirá, jóvenes dromedarios de Madián y Efé. Todos ellos de Sabá vienen portadores de oro e incienso y pregonando alabanzas a Yahveh.

¡Qué maravillosa promesa! Y ya ha empezado a cumplirse, pues en todo lugar donde llega el Evangelio y es aceptado, allí resplandece la luz y las tinieblas tienen que retroceder.

¡Cuánto puede transformar el Señor la vida de una persona! De Saulo surge un Pablo; de acobardados discípulos crea grandiosos anunciadores del Evangelio; personas adineradas quedan tocadas con tal intensidad por su luz que dejan todo atrás para seguir al dulce y manso Jesús; los impuros se hacen castos... Todo esto es obra del Señor y así es como su luz resplandece sobre las naciones.

Por supuesto que conocemos también el otro lado: todas las cosas terribles que han sucedido y que siguen sucediendo. Sin embargo, la promesa sigue en pie y continúa cumpliéndose.

Este día, en que la Iglesia Católica celebra la Epifanía del Señor, nos recuerda la manifestación del Señor a todas las naciones. También llamamos a esta fiesta el Día de los Reyes Magos. Estos tres Reyes representan a las naciones de la Tierra, que se

dejan tocar por la luz del Señor y vienen a Él.

¡Hasta hoy seguimos viviendo esta realidad! Esta meditación la escribo desde Jerusalén. Cada día veo aquí muchas personas que acuden desde todas partes del mundo a la Iglesia del Santo Sepulcro. Frecuentemente vienen entre oraciones y cantos, y suben al Gólgota (que se encuentra en la misma Iglesia), donde se inclinan y tocan la piedra donde estuvo colocada la cruz de Nuestro Señor.

Se escuchan sus oraciones en los más diversos idiomas y cada uno expresa con sus propios gestos la veneración y el amor a Jesús. Para los peregrinos, el venir a la tierra del Señor significa caminar hacia su luz. Por más distintas que sean todas estas personas, hay algo que tienen en común: su amor a Jesús y, viéndolo más profundamente, el amor que Él les tiene.

Después de su peregrinación retornarán a su patria, a su casa, y contarán de su experiencia y de todas las gracias que recibieron de parte de Dios. Así proclaman las maravillosas obras del Señor.

También nosotros, que leemos este texto, podemos decir que ha brillado esta luz en nuestra oscuridad, y nos iluminó de tal manera que podemos reconocer a Jesús como el Hijo de Dios. Tal vez nos hemos acostumbrado a esta afirmación. Y el riesgo de ese „acostumbrarse“ está en que olvidamos el gran valor que tiene el regalo de la fe y le quitamos importancia. Cuando vemos la alegría y el entusiasmo de aquellos que recién descubren la fe, entonces recordamos que conocer a Jesús no es lo más natural del mundo. Más bien, es una gracia inmensa; es la gran felicidad que todo hombre busca. ¡Cuántas personas hubieran deseado encontrarse con Dios más temprano! ¡Y cuántos siguen buscando hoy su Luz!

Por ello, es tan importante que la luz que nos ha sido dada no se oscurezca; sino que resplandezca cada vez con mayor intensidad. Una manera de evitar caer en esta indiferencia es agradecer al Señor todos los días por el regalo de la fe, decirle cuánto lo amamos, renovar una y otra vez este amor y profundizarlo. Aparte de realizar nuestras prácticas religiosas, podemos preguntar: „¿Qué te agradecería que hiciera hoy, amado Señor?, ¿qué puedo hacer que te alegre particularmente?“.

Con este tipo de preguntas se activa de modo especial la piedad, uno de los siete

dones del Espíritu Santo. Pues este don no solo nos lleva a evitar aquello que no corresponde a la voluntad de Dios, sino que además nos hace buscar su mayor agrado. Si le preguntamos estas cosas, Él nos responderá. Quizá en la respuesta se nos piden solo cosas pequeñas; tal vez sea el serio propósito de trabajar más en nuestro interior para poder amar mejor; o tal vez sea una invitación a sacar más tiempo para estar con Él; o quizá nos pide realizar esta o aquella obra de misericordia.

¡Queda tanto por hacer en la evangelización de las naciones! ¡Existen tantas personas que siguen esperando encontrarse con Jesús! Pensemos, por ejemplo, en Israel, el pueblo que fue llamado por Dios de forma particular. ¡Cuántos judíos todavía no conocen al Señor! ¡Qué anhelo tan grande debe tener nuestro Padre Celestial de que reconozcan a su Amado Hijo! Recemos por la iluminación de Israel, para que reconozcan a Aquél que tanto los amó. Esta oración es ciertamente una obra de misericordia.

O pensemos en los musulmanes, que veneran a Jesús como un profeta pero ignoran el misterio del Hijo de Dios. ¡Cuán desorientados están aquellos que creen tener el derecho de usar violencia contra los que llaman „infiel“! ¡También ellos necesitan de nuestra oración!

Jesús, el Salvador del mundo entero, ha aparecido para cada persona. Nadie es excluido por Dios, solo aquel que se autoexcluye. ¿Acaso se reduce cada vez más el fuego de la misión en nuestra Iglesia, ahogado en medio de tanto diálogo? ¿Todavía existe el anhelo de que los hombres conozcan el resplandor de nuestro Dios?

Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en Él. La Luz ha brillado en el mundo y tiene un nombre que podemos conocer. ¡Que las naciones caminen hacia Él para que sus corazones se estremezcan de alegría!